

lla de hierro que habian cubierto con su manto bordado de oro; examinó primero á las dos partes, y despues cedió la palabra á sus defensores. El abogado del usurero veía á Carlos con sumo desden. “Alguna mas reputacion adquiriria ganando el pleito,” dijo, “si se me presentase un adversario digno de mí: ¿no es una mofa que se me ponga al frente de ese chico?” Carlos no hizo alto en estas despreciativas palabras, y dijo: “Señor abogado, ¿qué juicio formaríais de un médico que, para salvar al parecer á un hombre de una enfermedad de que adoleciese, le diese muerte á ciencia cierta?”—“¿Graciosa pregunta!” contestó el abogado. “Juzgaria que era un asesino. ¿Pero qué relacion tiene, os ruego que me lo digais, vuestra interpelacion con el pleito?” Carlos, sin perder su entereza, prosiguió: “Señor abogado, ¿qué concepto os mereceria un usurero que, so pretesto de auxiliar á un pobre á que levantase su casa, le tomase ésta, y al mismo tiempo el terreno sobre el cual la hubiese levantado?” El usurero, que se hallaba presente, puso desde luego sus ojos en el abogado, esperando con inquietud lo que contestaria. “No es esa la cuestion,” replicó el abogado; “¿hemos prestado ó no nuestro dinero? ¿Se pactó que se nos quedarian los bienes, sí ó no, en el caso de que no se nos devolviese nuestro dinero el dia convenido?” Y dicho esto, sentóse con aire de triunfo. Carlos, entonces, repuso con serenidad: “No habeis satisfecho mi pregunta y yo sí voy á contestar á la vuestra; el dinero que prestasteis se empleó todo en la construccion de la casa, y ahora nos pedís, no solo la casa, sino el terreno que la circuye. Esto, ante Dios y los hombres, es una evidente injusticia.”—“Nosotros no os preguntamos lo que habeis hecho con el dinero, eso no nos incumbe,” interrumpió el abogado con un tono mas arrogante todavía: lo que sé es que nos habeis empeñado vuestros bienes por nuestro dinero, y que nos habeis de dar ó bienes ó dinero.” Carlos replicó: “¿Con qué premio habeis facilitado el dinero? Hé aquí la cuestion; porque si habeis hecho ese préstamo con la certidumbre de que por su medio ibais á labrar la ruina y no á prestar auxilio á vuestro prójimo, os aplicaré la respuesta que habeis eludido poco há, y os diré que sois unos ladrones, así como es un homicida el médico que mata á sabiendas á su enfermo, en vez de curarle.” El abogado del usurero comenzó entonces á mostrarse tan confuso como su cliente. Viéndose con tal fuerza estrechado por los irresistibles argumentos del niño, á quien habia menospreciado, procuró salvar á su cliente, sirviéndose de uno de aquellos racionios de mal quilate que tienen siempre á mano los usureros, para tranquilizar la conciencia que no tienen. “No fuimos nosotros á buscaros,” dijo: “vosotros nos solicitasteis. Necesitabais nuestro peculio, y entonces no os pareció dema-

siado crecido el premio: además, éramos muy dueños de elevar el interes de nuestro numerario, en proporcion de la necesidad que de él teniais.”—“Si los hombres han venido al mundo con el fin de que cada cual viva para sí,” exclamó Carlos, “ó para devorar á sus semejantes, ¡oh! entonces podríais tener alguna apariencia de razon; pero como han sido creados, segun la letra de las Escrituras, para prestarse mútuo auxilio y para vivir en sociedad, vuestra pretension es un crimen contra Dios y la humanidad. ¿Es vuestro cliente fiera ú hombre? Si es fiera, le mataré cuando le encuentre y nadie tendrá derecho á reclamar justicia: trátase solo de saber cuál es la manera en que sea lícito dar muerte á su prójimo; si por medio de una mala accion ó con una daga.”

El baron, que se habia quedado asombrado del modo con que Carlos se expresaba, dijo: “Defensor del que ha prestado, os juzgo completamente vencido.—Quedan vencidos él y su cliente,” repuso Carlos; “porque el que se sirve del artificio de su lengua para defender una accion perversa, es tan criminal como el que la comete.” A lo cual contestó el baron: “¿Luego será preciso que sentencie al mismo tiempo al cliente y al abogado?”—“Monseñor,” replicó Carlos, si yo fuese el juez. hé ahí lo que seguramente haria: el abogado que defiende una mala causa, sabiendo que lo es, hace mas perjuicio con esto que si solo cometiese el crimen, porque lo fomenta, le presenta los medios de repetirse y lo propaga.”

Entonces un anciano que se habia estado en un rincon, adelantóse: era aquel mismo que habia presenciado el lance entre Carlos y los demas niños; y dijo: “Este es el chico que tiene la sabiduría de Salomon y á quien Dios destina sin duda un porvenir ilustre.” El baron contestó: “Tienen razon el niño y el anciano: sentencio al usurero á cárcel perpetua y al abogado á ser ahorcado. ¡Hágase justicia!”

En seguida el baron, volviéndose hácia Carlos, le preguntó si no tendria gusto en irse á vivir á su castillo y servirle de paje. Carlos contestó que seria un grande honor para él y que sobre todo le seria muy grato aprender el arte de domar un caballo fogoso y el manejo de las armas; pero que no podia separarse de sus padres, que estaban en el molino, porque tenian suma necesidad de él y le amaban mucho. El baron, conmovido al ver aquella sensibilidad del niño, le dijo que todas las mañanas le enviaria un hermoso caballo para que se trasladase al castillo, y que por la tarde permitiria que se regresase al molino. Bajo esta condicion accedieron á los deseos del baron el molinero y Carlos.

III.

CARLOS EN EL CASTILLO DE PELL.

IBASE pues Carlos todos los días del molino al domicilio del baron. La primera vez que hizo esta caminata, emprendióla sobre un gran caballo de labor; montólo en pelo sin temor alguno, y con los brazos cruzados, como suele decirse. El ayo de los pajes, al verle entrar de esta manera en el patio del castillo, observó que no faltaban á aquel niño sino principios de equitacion para llegar á ser el mas intrépido de los cabalgadores; pero queriendo hacerle comprender por lo pronto que no bastaba saber conducir sin miedo, como un campesino, un caballo al abrevadero, y que lo mas difícil era no dejarse venir al suelo á consecuencia de un choque inesperado, le pegó un chasco de su ejercicio. Carlos, que no podia afirmarse en el estribo, supuesto que ninguno tenia, comenzaba á deslizarse por el lomo liso del caballo, y ya se disponian los pajes á reir, á cual mas, de su desgracia. Pero Carlos, por un movimiento tan rápido como el relámpago, recobró repentinamente el equilibrio, y mirando con arrogancia á los pajes, que no solo no tenian ya ganas de reir, sino que le contemplaban con aquel asombro que sobrecoge naturalmente á los niños ante todo aquello que manifiesta destreza ó vigor, exclamó dirigiéndose á ellos: "Vosotros que os disponias, me parece, á reir á mis espensas, escuchadme: no sé yo si me será posible hacer lo que hagais; pero querria ver, por principio, si seriais capaces de hacer lo que yo. ¡Ea! ¿quién de vosotros gusta de montar el gran caballo del molinero mientras yo le dé sendos latigazos?" Ninguno aceptó el desafio, y acaso el mismo ayo de los pajes no habria pensado en semejante cosa, temiendo comprometer su clase y gravedad en ello.

Esta entrada casi triunfal en el patio de honor del castillo de Pell, le atrajo el respeto de los pajes, cuanto le habia acarreado estimacion entre los hombres su juicio prematuro. Carlos, que tenia tanta agilidad como vigor, llegó á ser en breve, en materia de equitacion, un maestro consumado. Tampoco fué inferior á nadie en el manejo de las armas; circunstancia que no tardó en demostrar hasta la evidencia un lance solemne que tuvo.

En aquel tiempo en que la justicia necesitaba para triunfar ir acompañada de la fuerza, el que era mas capaz de derribar á su enemigo, por decirlo así, cuerpo á cuerpo, se consideraba necesariamente como el mas digno del mando. Ya hemos visto como Pepino, por sus asombrosas proezas contra toros bravíos, mereció el honor de que se le proclamase

digno de la corona. Por medio de diversiones, que se llamaron primero Juegos de armas, torneos, y mas adelante cañas, preludivase pues, por todas partes y sin cesar, á reales y positivos combates. Cuando no habia verdadero enemigo con quien luchar, trabábase con el mejor amigo un combate, que aunque poco serio al principio, por amor propio y por orgullo se terminaba muchas veces con sangre. Hubo por primera vez un torneo en el dominio del baron: á él asistió Carlos, y vió que dos hombres, que poco antes eran amigos, empapaban sus manos, el uno en la sangre del otro. Sintióse vivamente conmovido el niño, y sin poder contener un impulso que de su corazon emanaba, él, tierno paje que tendria apenas 14 años, salvó las palizadas del palenque, se arrojó de un salto sobre el caballo del combatiente que acababa de ser arrojado por tierra que estaba teñida con su sangre, y dirigiéndose al caballero vencedor le pidió satisfaccion de un acto que él denominaba perfidia. Quedáronse todos los concurrentes en extremo asombrados: no habia quien no se admirase de la audacia del niño y quien no pareciese implorar su perdón para con el soberbio y desdeñoso adversario á quien no temia provocar de aquel modo. El baron fué el único que contemplase con entusiasmo y sin mucha inquietud el heróico arrojó de su page.

El caballero pareció vacilar por un momento, como lo habia hecho poco antes el abogado en el litigio, sobre si se humillaria hasta lidiar con tan débil antagonista; empero no le dejó Carlos pensarlo mucho tiempo, pues para obligarle á defenderse púsose á hostigarle con vigor tal, que en breve hizo ver á su adversario que no era el niño tan despreciable como se lo habia figurado á primera vista. Juzgó entonces el caballero que le bastaria con defenderse, sin ofender, para manifestar su superioridad á los concurrentes. Pero Carlos, no queriendo mostrarse menos generoso que él, desistió de atacar y se entretuvo en dirigir á su contrario tajos muy bien dados y brillantes; y no tardó en hacer reir á los espectadores á espensas del caballero; quien desde luego, no pudiendo contenerse y arrojando espuma de ira, se precipitó sobre el niño, queriendo sin duda hacerle correr la suerte del campeón vencido. Esto era lo que esperaba Carlos: tiéndese, pues, sobre su caballo; observa, con su mirar de águila, qué lugar del cuerpo deja vulnerable el furor del caballero, y luego, suspendiéndose sobre los estribos, inclinando la cabeza, eludiendo el choque del contrario, le asesta un golpe tan seguro y fuerte, que no habria producido el rayo un efecto tan pronto y terrible. El caballero cayó por tierra. ¡Júzguese cuál seria su vergüenza! empero no corrió su sangre, porque Carlos, satisfecho con haberle castigado, no habia querido imitar su ejemplo. "Pérfido caballero," exclamó, "he tenido conmiseracion de tí, pero no será Dios tan indulgente." Todos los espectadores cele-

braron la generosidad y el valor de Carlos, y desde aquel día se declaró cobarde y traidor á cualquiera que en los juegos de armas derramase la sangre del contrario. De este modo, Carlos, por la elevacion de su ánimo y la magnanimidad de su corazón, se preparaba, sin saberlo, á construir los primeros cimientos de la civilizacion europea.

IV.

SALVA CARLOS A SU MADRE DE UN GRAN PELIGRO.

CARLOS, de acuerdo con lo que habia quedado convenido con el señor del castillo de Pell, se volvía todas las noches al molino: Berta, además, no habria podido privarse de verle diariamente, pues harto sacrificio era ya para ella no poderle dar el nombre de hijo, ni oírse dar por él el grato título de madre. Pero confiada en la prudencia y prevision de su ilustre esposo el rey Pepino, tenia paciencia y esperaba. Por lo que hace á Carlos, venerábala mucho, sin saber quien era; y cuando su corazón le impelia hácia ella de preferencia á la muger del molinero, echábase en cara estos naturales arrebatos cual si fuesen falaces estravíos. Una noche que estaba entretenida Berta bordando un rico traje para Carlos (porque continuaba dedicándose á sus antiguas tareas), sintió de repente que alguien entraba; y habiéndose levantado para ir á recibir á su hijo, encontróse con que no era él quien venia, sino dos hombres armados. Estremeciósela Berta, porque á la débil luz del crepúsculo creyó acordarse vagamente de las facciones de aquellos dos desconocidos, y porque en aquella sazón ella era la única persona que en la casa habia. “¿Qué queréis?” preguntóles Berta procurando ocultar su emoción. Al verla, y sobre todo, al oír el metal de su voz, miráronse los dos hombres con asombro y como preguntándose qué harían. Esto aumentó el terror de Berta.

En breve uno de estos hombres, tomando la palabra, dijo: “Lo que queremos es, primero, vino para refrescarnos, y una buena comida con que alimentar nuestro estómago, porque tenemos hambre y sed; lo de mas despues os lo diremos.” Y sin esperar á que se les diese lo que pedían, tomaban estos intrusos aquí y allí lo que les parecia, y sin andarse en cumplimientos iban á ponerse á la mesa.

En esto llegó Carlos. Berta, teniendo en casa semejantes huéspedes, se llenó de zozobra al ver llegar á su hijo: conocia su carácter y por lo tanto concebía que el peligro se habia hecho á la sazón mas grave; de suerte que tan luego como le vió olvidóse completamente de sí misma, y únicamente en él pensó. Carlos, estremadamente sorprendido, observó desde que entrara á los dos hombres con muy penetrantes miradas; y co-

mo no hicieron reparo en él ni en Berta, dirigióse hácia uno de ellos, dióle con mucha sangre fría un golpe en el hombro y díjole con irónico comedimiento: “La señora de casa, si no me engaño, no ha pasado convite á vuestas mercedes; y cuando se mendiga por costumbre débese inclinar un poco mas la frente. Mucho apetecería saber de dónde venís y quiénes sois.” El que sentia la mano de Carlos apoyada sobre su hombro, inmediatamente comprendió que tenia que habérselas con un hombre de puños de hierro, aun cuando su mano se asemejase á la de un niño: sobrecogido, pues, de sorpresa, no sabia qué contestar; y tanto mas cuanto que Carlos traía estoque y puñal al cinto, como lo tenia de costumbre cuando regresaba del castillo; pero el otro desconocido, que todavía no habia tenido la oportunidad de conocer el vigor del brazo de Carlos, se disponia á contestarle por su compañero, con un revés. Observa Carlos su movimiento, lo evita, y de una puñalada le tiende muerto á sus piés, antes de que aquel á quien contenia con el puño hubiera tenido tiempo siquiera para desasirse.

Entonces Carlos, volviéndose á este último, “¡Vamos! y tú, mi amo,” díjole, “¿me dirás de dónde vienes y quien eres?”

—¡Ay de mí! soy un pobre ginete armado, sin mala intencion, contestó el desconocido con lastimero acento.

—Mientes, repuso Carlos; un hombre que se presenta en una casa en los términos que tú lo has hecho, es un asesino, ó un ladron al menos.

—Sin embargo, ni uno ni otro soy, valiente señor mio, os lo juro; y en testimonio de ello, ahí teneis aquel día, que está ya tan remoto, en que á mí y á mi compañero, que teneis tendido á vuestros piés, se nos comisionó para que en lo mas espeso de la selva diésemos muerte á una muger jóven y bonita, que á fé mia, se asemejaba tanto á la presente (y señaló á Berta), que casi estoy por creer que es una aparicion la que tengo á la vista. Lo cierto del caso es, que la jóven murió, pero de espanto; y yo, acá para mí, dí gracias al cielo de que me hubiese evitado un crimen que me habria visto en la precision de cometer, porque lo habia ofrecido así al caballero Bermejo, y ese condenado caballero no se andaba con chanzas cuando habia pagado adelantado el precio de un asesinato. Por lo que hace al dinero, no lo habia tomado, sino recibido; luego ya veis que ni soy ladron, ni asesino.

—Si esa es tu moral y tus pruebas, hipócrita, blasfemo del nombre del cielo, exclamó Carlos, Dios te ha enviado hácia mí para que recibas el premio de tus buenas obras. Pero no lo recibirás de mi mano: el hombre honrado debe, en cuanto pueda, dejar á la justicia el cuidado de castigar los crímenes. Además, de esta manera tendrás tiempo para

confesar los tuyos y arrepentirte de ellos. Rinde pues tus armas y disponete á seguirme ante la autoridad competente.

Imposible seria describir por cuantas terribles angustias habia pasado Berta durante esta sangrienta escena; al fin habia adquirido la certidumbre de que aquellos dos eran los asesinos á quienes en otro tiempo la entregara el caballero Bermejo. A los principios reflexionó en si la casualidad, ó algun nuevo plan de asesinato, habria sido lo que les atrajera al molino; pero despues reconoció en este raro acontecimiento la mano de Dios, que en su justicia, que es superior á la de los hombres, considera como crimen la sola intencion de perpetrarlo, y queria vengar, por medio del hijo, el asesinato que se habia querido cometer con la madre. Cuando Cárlos hubo desarmado al asesino, introdujose otra nueva inquietud en el ánimo de Berta: temia que su hijo llegase á descubrir, por medio de las revelaciones de aquel hombre, el secreto de su nacimiento, antes de que esperase el término hasta el cual se habia propuesto Pepino conservarlo bajo sigilo. Felizmente volvieron al molino el molinero, su muger y sus hijos. Grande fué sin duda el terror que les inspiró lo acaecido; pero no tardaron en calmarse al oír de boca de Cárlos la relacion de lo que habia pasado. Fué sepultado el muerto y se condujo al vivo, rodeado de una fuerte custodia, al castillo del baron de Pell, para que se le juzgase.

V.

DESCUBRIMIENTO Y DISCRECION DE CARLOS,

ACONTECIÓ lo mismo que previera Berta: de las declaraciones que diera el malhechor ante el tribunal del baron, resultó que éste y Cárlos llegaran á saber que Berta era hija del rey de Carniola, y que en otro tiempo habia sido la futura del rey Pepino. Despachó inmediatamente el baron un mensajero hácia Pepino, haciéndole saber que tenia en sus manos uno de los asesinos del Valle de los Molinos, y poniéndole á su disposicion. Por lo que hace á Cárlos, tan luego como regresara al molino llamó á Berta con gran misterio á solas, y refirióle, como si lo ignorase, que era hija de un poderoso rey y futura de un rey mas poderoso todavía. Viendo Berta que Cárlos, aun cuando estaba impuesto de quien ella era, se encontraba ignorante aún de cuál era su nacimiento, pues seguia creyendo que era hijo del molinero, recomendóle la mayor reserva, agregando que desde mucho tiempo atras sabia que descendia de estripe regia; pero que la voluntad de Dios y los intereses de los hombres exigian que se mantuviese en aquel estado hasta que la llegase cierto aviso.

No tardó en regresar á rienda suelta el mensajero que enviara el baron al rey Pepino. Este mensajero era portador de un billete tan misterioso cuanto urgente, que estaba concebido en estos términos: "Se ajusticiará inmediatamente al asesino. El baron hará como si nada hubiese oído, como si nada absolutamente supiese. En cuanto al niño, se le dejará en toda la ignorancia y en todo el candor de su alma, prescribiéndosele, no obstante, el mas inviolable secreto sobre lo que se le hubiese revelado. Esta es la voluntad del rey que castiga y premia."

El asesino recibió el castigo de sus crímenes; pero grande fué la sorpresa del baron, cuando al ir á recomendar á Cárlos que observara la mayor discrecion en el nombre del rey Pepino, vió que el príncipe no hacia referencia ni aun de aquello que habia presenciado, y que parecia que nada habia visto ni oído; y cuando el baron, para buscar la causa de este silencio, procuraba que girase la conversacion sobre circunstancias que habian debido conmover mucho á Cárlos, eludía éste la conversacion, hasta que el baron, no creyendo deber mostrarse mas indiscreto que aquel niño, resolvió no volver á tocar esta materia. Sin embargo, juzgó de su obligacion informar al rey Pepino de la estraña conducta del niño; pero ya estaba el rey instruido de esta circunstancia, pues Berta, por su parte, le habia dado cuenta del descubrimiento que habia hecho Cárlos, y de la discrecion que le habia encargado. Maravillóse Pepino mas aún de la reserva que guardaba Cárlos en edad tan tierna, que de los rasgos de fuerza, valor y destreza, que en elogio de él diariamente le referia. La discrecion es, en efecto, una de las mas raras prendas que existen en la pluralidad de los hombres; pero en aquellos á quienes cupo en suerte gobernar á sus semejantes, vuélvese una virtud muy grande y sumamente indispensable.

En breve debia sufrir una terribilísima prueba la discrecion de Cárlos, puesto que iba á tener que luchar contra el amor propio de su individuo. Decidió Pepino que era tiempo de que se le revelase su nacimiento, pero que no se divulgase todavía por el reino. Habia Cárlos de saber quién era, de quién era hijo, cuál era el regio porvenir que le esperaba, guardar con sigilo, hasta que se recibiesen nuevas órdenes, las revelaciones que le hiciesen; y sin embargo de esto, continuar pasando, por cierto tiempo todavía, por hijo del molinero. ¿Concebís cuán terrible esfuerzo tenia que hacer Cárlos sobre sí mismo? ¿Verse continuamente en medio de una multitud de niños, entre quienes habia algunos que pertenecian á la condicion mas humilde, sin hacerles conocer ni aun dejarles adivinar por un momento, que es uno hijo del monarca mas poderoso del universo, y que uno mismo llegará á ser rey algun dia! Hé aquí, sin embargo, lo